

# EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 4 de Octubre de 1917.

Número 36.

## EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## El sorteo de libros

Por un incidente inesperado no se celebró el día 28, sino el 29 del mes último.

Invitados para presenciarlo los señores Menéndez Pallarés, Castrovido, Salillas y Alborno, concurren todos, excepto Castrovido, que se hallaba ausente de Madrid.

Verificado en la forma y con las formalidades que El Liberal celebra los que hace, para lo cual los señores Miguel Moya y Antonio Sacristán pusieron á mi disposición el personal y los artefactos que emplean (por lo que les doy las gracias), salieron premiados los números siguientes:

1.556.—2.075.—2.602.—  
3.151.—3.826.—6.105.—7.462.—  
7.489.—7.998.—8.413.—8.983.—  
9.085.—9.450.—9.504.—9.615.

Queda, por lo tanto, cada lote de libros á disposición de los poseedores de esos números, que pueden mandarlos á recoger ó indicar la forma y el conducto por donde se le envíen las dos cajas de que cada uno se compone.

Y reitero la expresión de mi agradecimiento á cuantos amigos han tomado pretexto del sorteo de libros para demostrarme sus simpatías y lo mucho que se interesan por la vida de EL MOTÍN.

JOSÉ NAKENS

## EL COMITE DE HUELGA ANTE UN CONSEJO DE GUERRA

El sábado último se celebró en las prisiones militares de San Francisco el Consejo de Guerra para juzgar á los individuos siguientes:

Francisco Largo Caballero, Julián Besteiro Fernández, Daniel Anguiano Mangado, Andrés Saborit Colobert, Gualterio José Ortega Muñoz, Mario Anguiano Anglés, Manuel Maestre Rubio, Abelardo Martínez Salas y Virginia González López.

No asisten al Consejo el procesado Luis Torrens por no estar restablecido de las heridas que sufrió al arrojarse por una ventana en la Dirección de Seguridad, ni Juana Sanabria.

### EL TRIBUNAL

Presidente, teniente coronel del segundo regimiento de zapadores Minadores D. Miguel Enríle García, y vocales, los capitanes que siguen: de Wad Rás, D. Angel Díaz Rodríguez; de Asturias, D. Enrique Cotarelo Cordero; de León, D. Fulgencio Sarera Larroque; de Asturias, D. Fermín Alvarez Menéndez; de Wad-Rás, D. José Jiménez Figueras, y de Asturias, D. Manuel Sánchez Linares.

Suplentes: Capitanes de Wad-Rás D. José Boller Méndez y D. Salvador Foronda Sánchez.

Juez instructor, comandante de infantería D. Gustavo del Amo, y secretario, el capitán de la misma Arma, D. Enrique Quirós.

El juez da lectura del proceso, continuando después el secretario, capitán D. Enrique Quirós.

Los procesados Besteiro, Largo Caballero, Anguiano, Saborit, en la noche del 10 de Agosto entraron en casa de Gualterio José Ortega Muñoz, por recomendación de Luis Torrens, amigo de Ortega, para evitar ser detenidos por la policía.

Al día siguiente, Besteiro dió á conocer á sus compañeros un manifiesto que firmaron, unas instrucciones para la huelga, y unas proclamas para los cuerpos é institutos del Ejército, clase media, á quienes se sumasen á la huelga. Manifiestos é instrucciones fueron depositados en un buzón de la Central por Besteiro, en sobre dirigido á un amigo, cuyo nombre no citó, resultando después ser Gualterio, quien los entregó á Torrens.

Luis Torrens compuso los moldes

del manifiesto, instrucciones y proclamas, y en unión de Ortega los llevó á casa de Anguiano, donde se tiraron por él en unión de Torrens.

Manuel Maestre llevó en un automóvil las proclamas al cobertizo de la calle de Alcántara, donde fueron encontradas, después de recoger en el Salón del Prado á Abelardo Martínez Salas, que fué quien buscó el local.

Virginia González estaba en casa de Gualterio, desde el día siguiente en que en ella entró el comité. No hay cargos para ella, pues no tuvo más intervención que la de ayudar á Juana Sanabria en el cuidado de sus huéspedes, y para la cual tampoco resultan cargos.

Está probado que con posterioridad al estado de Guerra siguieron mandando instrucciones y las recibieron de provincias en sobres dirigidos á Juana Sanabria.

En la declaración prestada por Juana Sanabria, dice que no conocía á los procesados hasta que les fué presentado por su marido, el cual fué quien los llevó á la casa. Declara que Saborit salía de día, y por la noche salían á la calle, antes de las once, los Sres. Besteiro y Largo Caballero.

Virginia González declara que no conocía personalmente á los individuos del Comité, que no sabía nada relacionado con la huelga, y que estaba en la casa para ayudar á Juana en los menesteres de la casa.

La declaración de Torrens es de que participaba en los trabajos de la huelga, y su propósito de suicidarse lo explica por la decepción sufrida por el fracaso de la huelga, malográndose trabajos de tantos años, y por la situación desairada en que quedaban los organizadores de ella.

Declara que las hojas socialistas fueron compuestas por él en su imprenta de la calle de Belén, y tiradas en la imprenta de Mario Anguiano, de donde fueron sacadas en un automóvil por Ortega y Maestre.

Se da lectura á un oficio de la Conjunción radical conjuncionista, proponiendo al grupo socialista constituirse en Junta revolucionaria para hacer la revolución, y esto no fué aceptado.

Se lee una carta del comité á los ferroviarios invitándoles á que se



tunden el sacrificio de solidaridad con el propósito verificado de todos los elementos obreros de modificar el sistema de Gobierno.

Julían Besteiro, Largo Caballero y Saborit coinciden en todo lo manifestado por Anguiano, hasta el día en que fueron detenidos.

Los detenidos declaran que salieron en varias ocasiones de la casa de la calle del Desengaño con motivos de carácter particular.

Niegan que hayan firmado más documento que el Manifiesto, aunque conocían las instrucciones y les parecían bien, porque se ajustaban al propósito de la declaración de huelga.

Ortega declara que admitió á los que formaban el Comité de huelga como huéspedes por recomendación de su íntimo amigo Torrens. Desconocía el por qué se ocultaban, aunque sospechaba que querían evitar ser detenidos por alguna cuestión política.

La declaración de Mario Anguiano coincide con lo dicho por Torrens. La hoja titulada «La Libertad», hicieron entre los dos el modo. Añade que dijo á Torrens que si no se llevaban pronto aquellas hojas daría cuenta de ellas á la policía. Poco después llegó el automóvil en donde se llevaron á la calle de Alcántara los paquetes.

Abelardo Martínez, en su declaración, explica su intervención en el transporte de paquetes en el automóvil á la calle de Alcántara, en el cual no tuvo otra actuación que hacerse cargo de los documentos y dejarlos en el taller de marmolista.

Declara también la portera de la casa que no conocía á los individuos del Comité; solamente conocía á Torrens por haber sido huésped de Ortega.

El portero declara que no sabe nada sobre los procesados.

Daniel Anguiano declara que por recomendación de Torrens habitaba en casa de Ortega.

Se trasladaron allí para evitar ser detenidos por la policía.

Dice que por hallarse enfermo el presidente del partido socialista, don Pablo Iglesias, se acordó constituir un Comité que asumiera la dirección de la huelga.

Todas las instrucciones que se han dictado se ajustaban al espíritu del Manifiesto.

Virginia no colaboró en la preparación de la huelga.

Esta se proponía cambiar el Régimen por otro que tuviese leyes más beneficiosas para el país; pero en forma pacífica.

Otros testigos hacen declaraciones eludiéndose de la responsabilidad que puedan tener con relación á la huelga, sin que tengan gran interés.

Todos los firmantes del Comité aparecen con antecedentes penales condenados por la ley de Jurisdicciones, y Virginia González que cumplió des-

tiempo por injurias á la Iglesia católica.

El secretario, Sr. Quirós, da lectura de las agresiones inferidas á la fuerza armada y demás delitos cometidos por los huelguistas, como consecuencia de la declaración de la huelga, cuya relación ocupa bastante tiempo.

A continuación da lectura el juez de la elevación de la sumaria al capitán general que la devolvió al auditor, para el nombramiento de las defensas y demás trámites hasta el día de la vista.

#### INFORME FISCAL

A continuación el fiscal, comandante de la Caja de Reclutamiento, D. Juan Mateo y Pérez de Alejo, lee su escrito de acusación, que es bastante extenso, y termina diciendo:

1.º Que los hechos perseguidos constituyen un delito frustrado de sedición militar, previsto y penado en el art. 248, en relación con el segundo párrafo del 243 del Código de Justicia militar, y un delito consumado de rebelión común, comprendido en el art. 248, en relación con los números primero y tercero del 243 del Código penal ordinario, que deben considerarse separadamente, por referirse á Cuerpos legales distintos.

2.º Que de dichos delitos son responsables, en concepto de autores, D. Julián Besteiro Fernández, don Francisco Largo Caballero, D. Daniel Anguiano Mangado y Andrés Saborit Colomer, y en el de cómplices Gualterio José Ortega Muñoz, Luis Torrens, Mario Anguiano, Manuel Maestre y Abelardo Martínez Salas.

3.º Que no concurren circunstancias modificativas de la responsabilidad criminal.

Por todo lo cual, termino pidiendo por el Rey, para D. Julián Besteiro, D. Francisco Largo Caballero, D. Daniel Anguiano y Andrés Saborit la pena de reclusión perpetua, con la accesoria de inhabilitación absoluta perpetua, por el delito de sedición militar frustrada, y la pena de nueve años de prisión mayor, con la accesoria de todo cargo y del derecho de sufragio durante el tiempo de condena por el delito de rebelión común.

Asimismo pido para los procesados Gualterio José Ortega, Luis Torrens, Mario Anguiano y Abelardo Martínez Salas la pena de diecisiete años, cuatro meses y un día de reclusión temporal, y para Manuel Maestre, la de catorce años y ocho meses, todas ellas con la accesoria de inhabilitación absoluta temporal; por el delito de sedición militar frustrada para Gualterio José Ortega, Mario Anguiano, Luis Torrens y Abelardo Martínez Salas, la pena de cuatro años y dos meses de prisión correccional, y para Manuel Maestre, la de dos años y cuatro meses, con la accesoria común á todos de suspensión de todo cargo y del derecho de sufragio durante el tiempo de condena, por

el delito de rebelión común, debiéndose abonar á los sentenciados la mitad del tiempo de prisión preventiva sufrida. Por último, pido la libre absolución para las procesadas Virginia González y Juana Sanabria.

Todo con arreglo á los artículos 172, 173, 174, 177, 243 y 248 del Código de Justicia militar, y á los artículos 11, 13, 15, 29, 55, 60, 62, 64, 66, 68, 70, 81, tabla del 97, 243 y 248 del Código penal ordinario.

El Consejo, no obstante, resolverá.

#### LA DEFENSA DEL COMITÉ

A petición del fiscal, se suspende el Consejo por cinco minutos.

Se reanuda, dando lectura de la defensa de Largo Caballero, Besteiro, Anguiano y Saborit, el capitán del regimiento de León, don Ramón Arronte.

Comienza haciendo un llamamiento á la rectitud y los altos sentimientos de justicia de los señores que han de juzgar á los procesados.

Dice que el motivo de la huelga, no punible, con arreglo á la ley de 27 de Abril de 1909, es debido al malestar de la clase obrera por la carestía de las subsistencias.

Sostiene que todas las Sociedades obreras tienen su Reglamento aprobado para el ejercicio de un derecho.

Los acuerdos de sus estatutos se toman por mayoría de votos, nunca por la iniciativa particular.

El Comité que asume la representación de todos los gremios son meros mandatarios que obedecen la orden de la mayoría.

El art. 248 del Código penal tiene como antecedente obligado el 243, al que es preciso acudir para definir el delito de rebelión, y afirma que los procesados no han realizado, provocado, inducido, ni propuesto alzamiento alguno, como aparece claramente en la causa.

En la firma del Manifiesto encuentra el fiscal dos delitos de tanta gravedad, que de no ser ninguno de ellos frustrado hubieran tenido los dos penas más graves, contenidas en los Códigos.

Los procesados fueron mandatarios en una huelga no acordada por ellos.

No encuentra el defensor precepto legal que distinga la huelga revolucionaria de la no revolucionaria, y no basta acudir para ello, como lo hace el fiscal, á la opinión pública, forja lora de leyendas sin fundamentos de realidad.

No habiendo existido alzamiento, no ha existido rebelión; sólo ha existido una huelga que, como todo movimiento que pretende modificar algo de lo que existe, implica el hecho de rebelarse contra aquello que se pretende deshacer ó modificar.

Afirma rotundamente también que ninguno de los actos realizados por sus defendidos constituye el delito



de rebelión, y en consecuencia, deben con toda justicia ser absueltos.

La calificación del delito oficial de sedición, con arreglo al artículo 248 del Código de Justicia militar, tiene por única base las hojas anónimas de que noblemente se han declarado autores los procesados, hojas que no llegaron a quienes iban dirigidas.

Afirma el defensor que como las hojas no se pusieron en circulación, el dilaite de la calificación llega al límite de un verdadero despropósito jurídico, y define el delito frustrado tal como lo señala el Código penal en su artículo tercero, en relación del 274 del Código de Justicia militar.

Si el Comité de huelga hubiera comprometido a militares con mando para el delito de sedición, habría incurrido, al no realizarse ésta, en la pena correspondiente a la conspiración para el referido delito.

La calificación acertada está en el artículo cuarto de la llamada ley de Jurisdicciones, que castiga con la pena de arresto mayor en sus grados medio y máximo a prisión correccional en su grado mínimo a los que «de palabra ó por escrito, por la imprenta, el grabado u otro medio de publicación instigaren directamente a la insubordinación en institutos ó a apartarse del cumplimiento de sus deberes militares a personas que sirvan ó estén llamadas a servir en las fuerzas nacionales de tierra ó mar».

En conclusión—dice—, a base de la calificación que queda razonada en lo atañiente a las hojas ó proclamas, visto lo dispuesto en los artículos tercero de la ley de Jurisdicciones, 4.º y 18 de la de Imprenta, 174, 213, 214 del Código de Justicia militar y 3.º, 90 y 203, número del penal ordinario, procede imponer a mis cuatro defendidos, D. Julián Besteiro, don Daniel Anguiano, D. Francisco Largo Caballero y D. Andrés Saborit, la pena de arresto mayor en su grado máximo.

El Consejo apreciará—añade—la enorme distancia que media de esta penalidad a la de reclusión perpetua solicitada por el fiscal.

#### LA DEFENSA DE ORTEGA MUÑOZ

Terminada la defensa de los individuos del Comité, el capitán de infantería D. Julio Manga la hace la del procesado Gualterio José Ortega Muñoz.

Rebate la afirmación fiscal de haber sido revolucionaria la huelga, citando párrafos de un documento que manifiesta la opinión respetabilísima de determinados elementos, citas en las cuales se culpa a la imprevisión del Gobierno el que aquélla tomase tal carácter, aunque no de gravedad, en determinadas localidades.

Hace la génesis de la huelga poniendo de manifiesto los buenos oficios del capitán general de Valencia y del vizconde de Eza, y la transi-

gencia de los ferroviarios; cómo fracasaron la autoridad militar en la tercera región y el ministro de Fomento, y dice, copiándolo del documento aludido: «Como si entrara en sus fines el que se realizaran tales temores.» Afirma que la imprevisión del Gobierno fué la causa de lo sucedido.

Hace resaltar lo inocente del texto del Manifiesto, transcribiendo párrafos de Alfredo Calderón, y añade que no menos se pedía en el manifiesto de Córdoba al hablar de nuevos hombres y nuevas formas, siendo todo resaltado del brillante despertar del espíritu nacional que se inició en primeros de Junio.

Juzga que lo acaecido es una acusación contra los Gobiernos, pues por su poca previsión se ha encarecido la vida, haciéndola imposible para la clase trabajadora, cuyo malestar determinó el anuncio de la huelga como protesta y luego su planteamiento.

Por consiguiente, opina que la huelga no fué revolucionaria y que las afirmaciones del fiscal son completamente gratuitas.

La huelga del 13 de Agosto último no puede considerarse como delito de rebelión, pues si tal se reconociese habría que reconocer lógicamente la delincuencia de toda una clase social excitada, estimulada é inducida por un vivo estado de la conciencia nacional, determinado por la queja y aspiración unánime de casi todas las clases sociales, y, como consecuencia, el procesamiento de los millares de obreros que se cruzaron de brazos.

Si no cabe el procesamiento de los que pararon por no haber incurrido en responsabilidad como meros ejecutores del delito de rebelión, tampoco pudieron delinquir como directores de la rebelión los que se limitaron a cumplir un mandato del proletariado al ordenar el paro.

Por tanto, no existiendo delito, la complicidad desaparece, y en consecuencia, pido para Gualterio José Ortega Muñoz, que en todo momento se limitó a dar una generosa hospitalidad al Comité director, y que no le pudo prestar cooperación eficaz alguna anterior ó simultánea a la huelga, puesto que estaba acordada por el Congreso obrero por delegación que he mencionado, la libre absolución.

El presidente suspende la sesión a las dos menos veinte por dos horas.

#### LA DEFENSA DE: MANUEL MAESTRE

D. Angel Menéndez, capitán de Ingenieros, a cuyo cargo está, dice:

Que el fiscal se mostró «pródigo» en años con Maestre, pero que, afortunadamente, es fácil demostrar con el Código en la mano cuál sería la pena que correspondería a Maestre «si fuese culpable», y no menos fácil con la sumaria, demostrar la inocencia.

Divide la defensa en tres partes y por medio de un encadenamiento de hechos, demuestra la pena en que hubiera incurrido Manuel Maestre si la suposición fiscal fuese cierta. Pero como la hipótesis del Fiscal es falsa, pide la absolución de su defendido, no sin antes poner de relieve las diferencias de criterio del Fiscal para apreciar los hechos, no considerando culpable a Pepe el chauffeur que tomó una participación análoga a la de Maestre en el asunto de las hojas calificadas de sediciosas. Hace notar el error en que el Fiscal cayó al juzgar a los procesados incluidos en dos grupos, autores y cómplices, y que aquel no estudiara separadamente el papel que cada uno tuvo en los hechos, las circunstancias y cuanto hubiera conducido a diferenciar y juzgar en terreno firme.

#### LAS OTRAS DEFENSAS

Los capitanes Sres. D. Rafael Serra, Lasso de la Vega, Rodríguez Ponce de León y Saldaña López, hacen la defensa de los demás procesados, respectivamente, Luis Torrens, Mario Anguiano, y el último, de Virginia González y Juana Sanabria, limitándose en su breve informe a señalar la escasa intervención que sus defendidos han tenido en los delitos que se persiguen, no ajustándose la calificación del fiscal a la responsabilidad que a su juicio, han contraído sus defendidos, que han procedido con notorio desconocimiento de los hechos.

Pidieron para ellos la libre absolución.

El presidente pide la comparecencia de los acusados Luis Torrens y Juana Sanabria.

Un cabo de la Guardia civil se encarga de buscarlos, compareciendo ambos a poco rato.

El presidente a continuación pregunta a los procesados, empezando por Largo Caballero, si tienen algo que alegar.

El Sr. Largo Caballero dice que tiene que manifestar que son unas personas honradas y tienen el convencimiento de haber cumplido con su deber.

Añade que están satisfechos de las defensas y confían en el fallo de la justicia militar.

Los demás procesados, uno a uno, se adhieren a estas manifestaciones.

Mario Anguiano hace constar que como dueño de una imprenta ha hecho impresiones de muchos documentos, de los cuales, con arreglo a la ley de imprenta, se ha hecho responsable de ellos a sus autores. Le extraña que ahora se haya adoptado con él una medida distinta.

El presidente dice que se va a reunir el Consejo en sesión secreta.



# ¡OJALÁ!

Quien quita ilusiones no es menos odiado que aquel que roba realidades. Tiénesele por un ladrón de quimeras. La humanidad procede como el loco del cuento que reclamaba al doctor que le había curado todas las imaginarias riquezas que, curándole, le arrebatara.

En esto de las ilusiones hay casos y casos. Abrir los ojos del marido engañado, persuadir á la madre de las deformidades del amado vástago, revelar sin necesidad al enfermo desahuciado la gravedad de su dolencia, son actos que sólo puede aconsejar la malignidad. Sea que, en casos tales, los inconvenientes del error deban ser tenidos por nulos, ó que en ellos valga más engañarse que aceptar, ó que los males efectivos no tengan en la verdad su remedio, ello es que nadie considera labor caritativa la del malicioso turbafiestas que así arrebató al espíritu los soñados tesoros de la mentira para sumirle sin consuelo en las insondables miserias de la realidad.

Por hartos más criminal sería con justicia tenido quien no advirtiese del incendio al vecino que duerme, ó no avisara al descuidado del riesgo que le amenaza, ó dejara de prevenir al incauto contra la traición que le acecha. ¿Por qué? Porque en todas estas ocasiones y otras semejantes, el peligro está en el error y sólo la verdad es capaz de precaverle y conjurarle.

¿Puede haber nada más disparatado é insensato que la acusación que suele hacerse á los incrédulos de rehusar su asentimiento á los beneficios del milagro por soberbia, por malicia, por impiedad ó por indiferencia? ¿Pues qué, tan mal nos vendría á todos, á ser ello posible, tener de nuestra parte á la omnipotencia y poder emplear la energía suprema que gobierna al mundo en el logro de nuestros particulares designios? Para no desear que ello fuera así sería menester ser enemigo de sí mismo. Preguntar á los incrédulos si no querían que estas cosas pasaran como las juzgan los creyentes, equivale á preguntarles si les convendría ó no tener en sus manos la lámpara de Aladino.

Lo que impone á todos el deber, no sólo de rechazar para sí, sino de disipar en la mente de los demás tan lisonjeros ensueños, es la consideración de lo pernicioso que en la práctica resultan sus efectos. Todo lo que se ha dicho con razón en contra de la dañosa tutela del Estado, es aplicable en mucha mayor escala á ese *Deus ex machina* de todos los dramas de la vida. Por su eficacia la iniciativa individual, que decían los viejos economistas, queda reducida á poco más de cero. ¿A qué canalizar si basta hacer rogativas para obtener la lluvia?

¿A qué esforzarse en tener buenos gobiernos si Dios ha de remediar los desaciertos de los malos? ¿Para qué prevenir las guerras si la Providencia, á nuestro ruego, ha de ponerlas fin, otorgándonos la victoria? ¿Para qué observar cuidadosamente los preceptos de la higiene si una súplica oportuna puede hacernos recobrar la salud perdida? ¿A qué fin refrenar nuestras pasiones y reprimir nuestros deseos si un punto de contricción equivale para la salvación eterna á una vida entera de austeridad, privaciones y sacrificios? Y como hacer preces, rogativas y votos es infinitamente más fácil que canalizar, higienizar, prever y trabajar, nuestra nativa pereza encuentra por extremo cómodo encomendar á la Providencia la tarea de suplir los desfallecimientos del propio esfuerzo. Quien espere todo bien de la oración, con dificultad habrá de allanarse y dar con el mazo.

Disipar estos encantadores espejismos es labor desagradable, pero útil, y tanto más meritoria cuanto menos agradecida. En cambio el fomentarlos es obra grata, pero dañosa como la de todo aquel que mima ó lisonjea. Cruel y amarga es, sin duda, la idea del desamparo á que la humanidad se encuentra reducida en el mundo. Cruel, pero necesaria. La condición primera de toda disciplina de la voluntad es la convicción íntima, profunda, incontrastable, de que aquellos milagros que nosotros mismos no hagamos, nadie ha de hacerlos por nosotros.

ALFREDO CALDERÓN

## Escrúpulos presidiabiles

Un extendero de ultramarinos y fabricante de chocolates que había hecho en doce años un capital de cuatro millones traspasando después la tienda á sus hijos, acababa de llegar de la iglesia y se hallaba en el cierre de cristales del balcón de la soberbia casa propia en que vivía, pensando desdenosamente en los que le acusaban de haberse enriquecido en tan poco tiempo merced á la adulteración de los géneros que expendió y á las mermas en el peso.

A la vez soñaba con ser elegido concejal para arreglar unos asuntos que tenía pendientes en el Municipio, y ver si conseguía de paso que le adjudicasen alguno de esos servicios que prestan los administradores del pueblo por medio de un testaferro y que tan pingües ganancias les dejan.

En esto siente ruido de voces y de pasos precipitados á la derecha; mira, y ve que un chicuelo como de quince años dobla la esquina y entra en su casa, y que á los cinco segundos llegan jadeantes dos guardias de orden público y se paran perplejos por ignorar la dirección que había tomado.

Toda la sangre legal del extendero se subleva ante la idea de que el chico aquel pudiera haber robado algo, y trémulo de ira, sin poder contener su natural justiciero, grita á los guardias: «¡Aquí! ¡aquí ha entrado!», y sale á la escalera á ayudarles á capturarle.

Al abrir la puerta ve al muchacho acurrucado y temblando en un escalón; se abalanza á él indignado y lo sujeta por el pescuezo sin atender á sus súplicas ni á lo que le dice de que ha tomado en una carnicería unas piltrafas para dar caldo á su madre enferma, que no ha comido en tres días, y al llegar los guardias se lo entrega orgullosamente; porque «él, un hombre honrado que debe su fortuna al trabajo, no puede amparar á los granujas que se dedican al robo».

Y aquella misma tarde, saboreando una abundante comida, después de referir tres veces el gran servicio que había prestado á la sociedad echando el guante á aquel ladronzuelo, encarga á sus hijos que no se olviden de mezclar el aceite de oliva con el de cacahuet, encabezar con amilico la última partida de vino que ha comprado, y arreglar la balanza que con el desgaste se ha ido ella sola poniendo poco á poco en el fiel.

JOSE NAKENS

Las "entronizaciones" en los centros oficiales

## ¿Religión ó política?

Ahora es en Vitoria donde la cuestión se discute. Varios concejales han presentado una proposición pidiendo que se entronice en la Corporación municipal el Sagrado Corazón de Jesús. El acto daría que hablar, y más en estos días en que se anuncia el viaje del rey y del presidente del Consejo á la devota ciudad vascongada. Pero el alcalde se ha negado á permitir que la moción se ponga á debate, por entender que estos asuntos no son de la competencia del Ayuntamiento. Menos teología y más administración, se habrá dicho.

El caso es, sin embargo, que la entronización ha sido ya votada en otros Ayuntamientos y Diputaciones. La misma Diputación de Alava, sin ir más lejos, tomó el acuerdo de celebrar esa ceremonia. El Corazón de Jesús reina así en varias provincias ó Municipios de España que le han sido oficialmente consagrados.

Más aún: muchos centros públicos que dependen de los ministerios, establecimientos del Estado, han hecho también la entronización con toda solemnidad litúrgica. Los funcionarios respectivos asisten corporativamente á un acto religioso, y luego algún sacerdote — á veces el propio obispo — coloca la imagen del Sagrado Corazón sobre un altar erigido en el sitio preferente del establecimiento oficial, donde queda ya para siempre, expuesta á los ojos de todos, como signo del fervor piadoso que, á falta de otras



## EL MOTIN



Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros (Cuadro de Gisbert.)



virtudes más terrenas, caracteriza al Estado español.

En varias Escuelas Normales, por ejemplo, se ha entronizado al Sagrado Corazón de Jesús. Suponemos que el acuerdo se tomaría en Claustro de profesores ó profesoras. Cuando no hubiera unanimidad, se contarían los votos.

Sería interesante saber si alguna vez se ha consultado al Ministerio ó se le ha pedido autorización. No hay que pensar mucho para comprender las divisiones y suspicacias que todo ello puede traer entre los profesores y aun entre los alumnos. Tenemos normales con entronización y otras sin ella; profesores que la quieren y profesores que se oponen; disputas, bandos, determinadas presiones desde fuera... Como si no hubiera bastante con otras pías intromisiones—de que habrá que hablar largamente—para poner en peligro la unidad de espíritu y la independencia moral de los establecimientos nacionales de enseñanza!

Mientras las entronizaciones se verificaban en casas ó centros particulares, nada teníamos que decir. Y eso que, á veces, no quedaban estos actos en el recogimiento del hogar, sino que salían al público, poco evangélicamente, entre las noticias de sociedad y las crónicas de salones. No nos gustaba la moda. Mas tú, cuando reces, entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, reza en secreto á tu Padre... dijo Jesús. Ninguna moda nos gusta en religión. Más bien aceptamos las formas antiguas, seculares, del culto católico. Recordamos ahora que Simmel, en su estudio sutil sobre la moda, expone la teoría de que ésta nace de un prurito aristocrático de distinguirse, de separarse de la masa. ¡Y la religión, por el contrario, debe unir á todos los hombres en una fraternal igualdad! Pero, en fin, preferimos, en cosas tan delicadas, callar nuestras ideas propias antes que exponerlas, ni remotamente á herir las ajenas.

Ahora, sin embargo, se trata de la conducta que haya de seguir el Estado. ¿Quién defiende lo que es del César? El acto que hoy se autoriza en una Escuela Normal, ¿por qué no habría de verificarse mañana en el aula de una Universidad ó en el propio salón del Ministerio? ¿Por qué no se extendería el ejemplo á otros ramos y departamentos de la vida oficial? ¿Por qué lo que ahora realizan Ayuntamientos y Diputaciones les estaría vedado á los más altos organismos centrales?

Conviene que el Gobierno tenga un criterio claro sobre este punto. Desde hace tiempo se está preparando, con motivo de la erección de un gigantesco monumento en el Cerro de los Angeles, centro de España, algo así como la consagración solemne de la nación al Sagrado Corazón de Jesús. Se procurará que el acto tenga carácter oficial. Se tratará de lograr que asistan todas las representaciones del Estado, aun las más elevadas y augustas. Vaya preparándose el Ministerio responsable para lo que deba hacer y aconsejar. Recuerde qué juicio formó la opinión internacional cuando en el siglo pasado una República suramericana se consagró al Sagrado Corazón.

Porque no hay que olvidar que así como, á veces, detrás de la cruz, está el diablo, así también detrás del culto religioso al Corazón Divino suele encubrirse una tendencia política reaccionaria. Cuando se habla de que «reinará en España» ó del «reinado social del Sagrado

Corazón de Jesús», se piensa con frecuencia, no en que dentro de las almas arda, como la lámpara en el interior del templo, un puro amor á Dios y á todos los hombres, sino en determinadas leyes y medidas de Gobierno que orienten de cierto modo la vida pública. Y la obra legislativa, trate de lo que trate, es política y no religión: no compete á los Concilios ni al Papa, sino á las Cortes con el rev.

No; no se le da el mismo sentido al hecho de que en algunos locales oficiales haya un crucifijo, por ejemplo, que á la entronización en ellos del Corazón de Jesús. Muchos viejos católicos penitentes á la vez que liberales impenitentes, que morirán con la cruz sobre el pecho, no acaban de aceptar la imagen que, rodeada del famoso «D. tente bala», vieron tantas veces sobre los uniformes carlistas. Veneran, claro está, el símbolo del amor divino; pero se ponen en guardia contra la intención política con que en ocasiones se le presenta y utiliza. Sabemos de una dama respetabilísima, católica á la antigua española, madre de ilustres parlamentarios liberales, que jamás quiso admitir esta devoción nueva. Cuando le preguntaban por qué, respondía sencillamente: «Eso no está en el Credo.»

Dejamos á un lado, con todo respeto, el aspecto dogmático y litúrgico de la cuestión. Para nuestro punto de vista, no interesa. El Estado es incompetente en Teología. Ya Platón, por boca de Sócrates, se negaba en «La República» á legislar sobre el culto, los sacrificios, los funerales... Estas cosas debían regirse por los oráculos de Apolo en Delfos.

Pero al Estado le importa lo que pasa en sus establecimientos públicos. No puede consentir que, á la sombra de la religión, se haga en ellos política intransigente y reaccionaria. Si debajo de esas entronizaciones no hay política, sino sólo un sincero anhelo de que reine el Corazón de Jesús, es decir, el amor de Dios entre todos los hombres, medios hay de realizarlo muy conformes juntamente con los usos cívicos y con el Evangelio. Procúrese en todo momento que esos centros oficiales sean un modelo vivo de silenciosa laboriosidad, de rectitud, de desinterés, de cultura seria, de concordia y tolerancia. Que cada cual esté siempre en su puesto; que las palabras «recomendación», «influencia», carezcan de sentido. Que todos consagren su vida al servicio de la verdad y del bien común. ¡Y eso con fe, con emoción ideal, con un ansia interior de perfección!... Nadie dudaría entonces de que allí—aunque en ninguna plaza se leyese «Reinaré»—alborcaba sobre la tierra el reino de Dios.

LUIS DE ZULUETA

(De El Liberal.)

## Quando llega el caso

El cólera diezma á los vecinos. Un horror. Se morían como chinches.

Llegó un cura de Zaragoza para ayudar al del pueblo aquel en la asistencia á los moribundos.

Confesaban y comulgaban todos los que iban quedando en pie, y el padre de almas recorría todas las casas.

—Ya verá usted como en llegando á la casa aquella que hay á la salida del lugar lo van á recibir á usted á pedradas.

—No importa; mi deber está marcado y allá voy.

—Ese Sebastián es hereje.

—¿Estáis seguros?

—Pregúnteselo usted al alcalde, que ahí viene. Oiga usted, señor alcalde, aquí este señor cura dice que va á ver si quiere confesarse Sebastianico el cojo. Pues ya tié pa rato.

El alcalde.—¿Ese? Ese es Satanás con calzones cortos; ya verá usted un tipo güeno; vaya usted, vaya.

El cura llama á la puerta de la casa.

—¿Quién!

—Soy yo, el cura que ha llegado ayer. Hay muchas familias que, en vista del peligro de muerte en que estamos todos, se ponen bien con Dios. ¿Quiere usted confesarse esta tarde y comulgar mañana?

—Sí, señor, que quiero. Y entre usted y tome unas magras y una miaja é vino.

—Muchas gracias, hijo; Dios te bendiga. Decían que no querías cumplir con la Iglesia y que me echarías noramala.

—No haga usted caso; en este pueblo icen muchas cosas.

La noticia de la conversión cunde por el pueblo, los vecinos se levantan temprano al día siguiente para ver á Sebastián salir de la iglesia hecho un santo.

Después, los vecinos rodean al cura.

—¿Le echaría un buen sermón pa convencelo?

—No tuve necesidad de ello.

—En seguida dijo que sí?

—En seguida dijo que sí.

—Paice esto un milagro.

—¿Y por qué no?

Nadie podía comprender cómo ha sucedido cosa tan rara.

Ya pasó la epidemia. ¡Qué alegría en los que se salvaron de ella!

El pueblo vuelve á tener su aspecto habitual. La gente trabaja y come y bebe, y pasan seis meses.

Y una tarde aparece por lo alto del camino, caballero en una mula, un señor cura, aquel mismo que confesó á Sebastián, el mismo que vistió y calza.

—¿A qué viene ahora?—se pregunta la gente.

—Vengo á lo mío—dice el cura bajándose de su mula.—A ver á Sebastián, por que se acerca la Semana Santa y quiero que cumpla con la Iglesia.

Y el cura se dirige á la vivienda de su catecúmeno, como él le llama.

¡Trás! ¡Trás!

—¿Quién es?

—Soy yo, tu amigo el cura D. Ramón.

—¿Y qué quiere usted?

—Recordarte que hay que cumplir con la parroquia.

—¿Pues no me da la gana!

—¿Cómo es eso? ¡Vuelves á ser hereje! Vamos, Sebastián, abre, déjame subir y darte un abrazo.

—¿Como no se vaya usted day, del ladrillozo que le voy á dar va usted á quedar escachao como un tardacho.

—Pero, hombre, ¿no confesaste hace seis meses?

—Sí, señor.

—¿No accediste á ser buen cristiano y á pedir á Dios perdón de tus pecados?

—Sí, señor.

—Pues ¿por qué no quieres hacer ahora lo mismo?

—¡Otra que ridiós! ¡Porque ya no hay cólera!

EUSEBIO BLASCO

VERDADES AL PUEBLO

JOSE NAKES -DOS pesetas.



## La lavandera

Entre los pensionistas del número 32 había una lavandera, mujer de treinta años, rubia, tranquila, de aspecto decente y cara enfermiza.

En el tiempo que llevaba allí no había dado pretexto para el más ligero reproche; pero en los últimos tiempos la habían tomado entre ojos porque tosía y no dejaba dormir á los vecinos. Quien más se quejaba y renegaba de la obrera era una vieja octogenaria, medio loca, pensionista habitual del conventillo. — ¡Es imposible dormir con semejante cabra balando toda la noche! — decía.

La enferma callaba, por estar retrasada en el pago del alquiler y temer que lo notasen mucho. Erale imposible satisfacer al propietario, porque sus fuerzas disminuían diariamente, sin permitirle un trabajo regular. Durante la última semana no había podido ir al lavadero, quedándose en su cuarto con aquella tos que disgustaba á todos, principalmente á la vieja. Por último, cuatro días antes, el propietario había rehusado esperar más, le debía 60 kopecks y no le pagaba; por otra parte, todos los departamentos estaban alquilados y los vecinos se quejaban de la inacabable tos.

Cuando la patrona hubo notificado á su deudora que desalojara el aposento, la vieja manifestó ruidosamente su alegría y echó de allí á la lavandera. La pobre mujer se fué, pero volvió al cabo de una hora y la patrona no tuvo valor para echarla de nuevo.

Dos días transcurrieron así. «¿A dónde iré?», se decía ella. Al tercero, el querido de la patrona, hombre entendido que conocía los reglamentos y el modo de proceder, llamó á un guardia municipal; éste fué al conventillo Rjanoff, hizo un pequeño discurso apropiado á las circunstancias y puso á la lavandera en la calle.

Era en Marzo, un día de claro sol y de bella escarcha; corrían arroyuelos por las calles, y los *dvorniki* quebraban el hielo; los trineos de alquiler saltaban sobre la nieve endurecida y rechinaban tropezando en las piedras.

La lavandera su bió calle arriba por la acera del sol, fué hasta la iglesia y se sentó en el prtil, siempre del lado del sol. Pero cuando éste comenzó á declinar detrás de las casas, cuando la helada volvió á empañar los cristales y endurecer los charcos con sus ligeras agujas de vidrio, la mujer tuvo frío y se sintió mal. Se levantó, se arrastró... ¿Hacia dónde? Hacia la única casa que la había abrigado tanto tiempo. Llegó, desalentada, al venir la noche. Al franquear la puerta resbaló y cayó, lanzando un débil grito.

Pasó un hombre, y otro, y otro. «Es una borracha», pensaban. Pasó el cuarto, que tropezó con la lavandera y llamó al gerente.

— Se halla atravesada en la puerta una borracha; he tropezado con ella y á poco me rompo una pierna. ¿Por qué no la levantan?

El gerente vino. Era la lavandera muerta.

LEÓN TOLSTOI

## El rey de la creación

«Cuanta mayor experiencia tengo de la naturaleza humana y más penetro en ella, más me convengo de que

la mayor porción del hombre es puramente animal.

Mientras está alimentado á satisfacción y con regularidad, es un sér capaz de ceder á las imposiciones y coacciones de todo género; el amor ó el temor lo dominan fácilmente, y no es refractario al trabajo, por duro que sea. Pero cuando está hambriento conviene acordarse de la frase «Cave carem», porque ni un león famélico, al lanzarse sobre los despojos de su presa, es tan feroz y tan dispuesto al ataque.

Una disciplina rígida, el transporte diario de grandes cargas, una marcha continua por regiones del todo desconocidas y sin límite seguro, nada de esto sublevaba á mis gentes, mientras sus estómagos estaban satisfechos y contaban con provisión abundante para las exigencias de sus órganos digestivos; pero ni el peligro de la muerte era capaz de mantenerlos en la obediencia cuando el hambre los atormentaba.

Los aborígenes de Ibiviri, rodeados de abundancia, eran de suave trato y tolerantes con nosotros, mientras que los pigmeos nómadas de la selva, siempre miserables, eran como fieras y nos combatían hasta agotar las flechas de sus carcajes.»

STANLEY

## EL SALVAJE Y EL HOMBRE CIVILIZADO

El salvaje, impulsado por la necesidad, por el peligro, por la venganza, obra con energía durante un breve espacio de tiempo, pero su energía es puramente espasmódica. De aquí que no posea capacidad ni resistencia para un monótono trabajo ó esfuerzo diario.

Hoy como aspiración é ideal de la vida, reconócese tan sólo el cumplimiento ó la satisfacción de nuestras necesidades. Pero, ¿acaso este ideal del momento sobrevivirá en lo futuro? Pienso que no. Por fuerza habrá de cambiar y trasformarse al modo que de día en día se transforman y cambian los pensamientos. Hoy por hoy se adapta á una época en la cual urge ante todo la conquista de la tierra y de los poderes naturales; mañana, cuando esté realizada esa conquista, tendremos que buscar otro.

Hace años, un ilustre amigo mío, John Stuart Mill, al tomar posesión del rectorado de San Andrés, pronunció un discurso inaugural, notable como todo lo suyo, en el cual afirmaba que la vida no debía servir sino para aprender y trabajar. Paréceme llegada la hora de modificar radicalmente la tesis y de proclamar la antítesis. No se debe vivir para trabajar y aprender para vivir. El primer uso del conocimiento ha de valer para darnos una norma de conducta, á fin de completar mejor nuestra existen-

cia; los demás usos únicamente pueden admitirse como secundarios.

Entre las razones que tengo para pensar así, figura la de que el proceso de evolución dentro del mundo orgánico, determina un crecimiento de fuerzas y energías que no son ni con mucho absorbidas en el cumplimiento de las necesidades materiales, y determinará un desarrollo todavía mayor dentro de la humanidad futura. Así, pues, y ya que hasta ahora hemos proclamado y reconocido todos «el evangelio del trabajo», pongámonos de acuerdo para predicar el evangelio del descanso gradual, necesario de toda necesidad para la vida.

HERBERT SPENCER

## El niño rico

Nosotros le decimos: «Tú has nacido en la holgura. Si quieres conquistarte un puesto en el mundo, te costará mucha menos fatiga que á otros, porque te encontrarás en la lucha en las condiciones de un hombre bien armado, mientras casi todos los demás están desarmados.

Estás seguro desde ahora mismo que nunca tendrás que sufrir privaciones, que no habrás de humillarte para no perder el pan, que podrás fácilmente ser bueno, honrado, respetado.

Pero observa cuánta miseria hay á tu alrededor; cuántas y cuán duras fatigas; cuántos millones de niños en la ignorancia y en el abandono; cuántas familias reducidas á la indigencia; cuántas injustas desigualdades; cuántos dolores sin esperanza, y cuántas iras, y cuántos odios.

Pues bien; si te dijeran que hay manera de que desaparezcan todas estas miserias, de que el trabajo no falte á ninguno y sea menos penoso para todos, de que todos los niños puedan instruirse y educarse, de que las desigualdades desaparezcan y los odios de clase se extingan, de que la sociedad se convierta en una gran familia, en la que, si no la felicidad total, reine por lo menos la paz; si esto te dijeran y agregaran además que para obtenerlo es necesario que todos los niños como tú renuncien á su vida privilegiada, y, volviendo á entrar en las condiciones comunes, se resignen á trabajar y á luchar para vivir modestamente como todos los demás, ¿consentirías el sacrificio?

Y el niño nos responde inmediatamente: — ¡Oh, sí, yo consiento! ¿Y cómo no había de consentir?

Y nosotros no agregamos una palabra más: le hemos puesto el buen germen en el corazón.

EDMUNDO DE AMICIS

## Trozos de mi vida

### Chaparrón de milagros

JOSE NAKENS—DOS pesetas



## LA CARTA DE JUAN SOLDADO

De la Albuera, Badajoz,  
vino el quinto Juan García,  
que, según pública voz,  
era el burro más atroz  
que la provincia tenía.

De un segundo batallón  
soldado al fin quedó hecho  
y en diez meses de instrucción,  
el jefe del pelotón  
le enseñó «flanco derecho».

Llegó muy contento un día,  
y dijo al cabo furriel:

—«Hágame el favor usía  
de leerme este papel  
que la familia me envía.»

Una carta le entregó  
con cinco obleas de goma,  
la cual el cabo leyó,  
y la que transcribo yo  
sin omitir una coma.

«Mi más apreciable Juan:  
sabrás que ésta te envío  
por otros quintos que van  
los cuales te llevarán...  
expresiones de tu tío.

Si no mienten las señales  
que nos da la sementera,  
el trigo baja dos reales;  
tu hermano se halla en la era  
con los demás animales.

Hace aquí tanto calor,  
que ya más es desatino.  
Benita tiene un dolor,  
según dice el herrador,  
de comer tanto pepino.

No sé si de gravedad,  
y si lo digo es tan sólo  
porque sepas la verdad.  
La burra del tío Bartolo  
no ha tenido novedad.

Tu tía, tu madre y yo  
ahí te mandamos diez reales,  
que fué lo que se juntó  
cuando la nueva llegó  
de tu paso á provinciales.

Debes darte buenos ratos,  
que es tan sólo lo que quiero,  
y además, si están baratos  
y te sobra algún dinero,  
mándame un par de zapatos.

Manda también un sombrero,  
un bastón y unos pendientes;  
en fin, gasta ese dinero  
como debe un caballero  
portarse con sus parientes.»

Juan la carta se guardó,  
y empleó su capital  
en vino que se bebió...  
única prueba que dió  
de no ser un animal.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGAS

## CUENTO

Con entrecortado acento  
y entre triste y juguetona,  
una vieja solterona  
dictaba su testamento.

Próxima á volar el alma  
surgió una gran discusión

sobre la grave cuestión  
de enterrarla ó no con palma.

—Nadie aclarará el arcano  
con más verdad que ella sola;  
dijo al ver la batahola  
el circunspecto escribano.

Pero con fines arteros  
y el engaño por sistema,  
—¡Es digna del santo emblema!  
gritaban los herederos.

Hasta que ya fatigada  
de gritar la reunión,  
quiso saber la opinión  
de la parte interesada.

Y ella en un todo conforme  
llamó á la memoria ingrata,  
y antes de estirar la pata  
quiso evacuar el informe.

—La palma, dijo, me agrada,  
que es símbolo original;  
pero mi memoria es tal  
que no me acuerdo de nada,  
y mi mente no se atreve  
á pensar si algo pasó...  
¡Ay, hijos, por sí ó por no,  
más vale que no la lleve!

LUIS TABOADA

## PLEGARIA

De gala se halla el templo,  
la hermosa imagen lucía  
rico manto de oro y seda,  
corona de perlas finas.

Ante el altar de la Virgen  
se postró la tierna niña  
avergonzada, confusa  
y pobremente vestida.

Con voz triste, fiel reflejo  
de sus ásperas desdichas,  
entre suspiros y llores  
dijo á la Virgen bendita:

—Señora, tú, que eres buena  
y mis ansias adivinas,  
oye mi triste plegaria  
accede á lo que te pida.  
Enferma se halla mi madre,  
muy enferma, ¡pobrecilla!  
dice el médico, señora,  
que la anemia la aniquila,

que coma alimentos fuertes,  
y que curará en seguida.  
¿Cómo es posible que care,  
cómo es posible que viva,

si somos pobres, muy pobres,  
y es cara la medicina?  
Si tú, señora, nos dices  
una de esas joyas ricas  
que fieles adinerados  
te han regalado á porfía,

salvada estaba mi madre,  
mi pobre madre querida.  
Ten compasión de nosotras;  
escúchame, Virgencita...

Esperó, pero no pudo  
conseguir lo que pedía:  
¡inmóvil quedó la imagen,  
llorosa se fué la niña!

## La profecía del médico

—¡Por fin vino usted, doctor!  
—Queridísimo cliente,  
¿cómo sigue ese valor?

—Regular, medianamente,  
¡me encuentro mucho peor!  
—¿Tiene usted fiebre?—No tal.  
—¿A ver la lengua? ¡Está sana!  
Saque usted una mano.—¿Cuál?

—La que á usted le dé la gana.  
(pausa). El pulso no está mal.  
¿Tose mucho desde ayer?

—No, señor.—Con mi sistema  
no es fácil...—No, ¡qué ha de ser,  
y más teniendo una flema  
que no me deja toser!

—Es preciso que se acabe  
la flema.—Muy bien pensado.  
—¡Ha tomado usted el jarabe?

—Sí, señor, que lo he tomado.  
¿Sabrá muy bien?—¡Que si sabe!  
Esas cosas de botica  
son refractarias al gusto;

la que no amarga, es que pica.  
A mí me cargan...—¡Es justo!  
—No las puedo ver.—Se explica.  
¿Duerme usted bien?—No, señor;

no duermo ni bien ni mal  
desde la noche anterior.  
—Eso es la cama...—No tal,  
¡es la enfermedad, doctor!

—Pues, nada, esto va adelante,  
yo no cambio mi sistema;  
este mal es muy cargante  
y hay que tomarlo con flema.

—¡Sí, flema tengo bastante!  
—Es necesario seguir  
curándose de igual modo.  
—¡Si no hago más que sufrir!

—No le importe, y sobre todo,  
sudar, toser y dormir.  
Como siga este consejo  
y sude mucho esta noche,  
conservando ese despejo,  
¡sale usted el domingo en cochel!

—¡Ay, doctor, soy ya tan viejo!  
—No importa; ¡qué tontería!  
¡Bah, don Crisanto, valor!  
Conque... adiós.—Hasta otro día,  
y usted dispense, doctor.

—¡Que siga la mejoría!

Aunque no acostumbran tanto,  
acertó bien el galeno,  
y el domingo don Crisanto  
salió en un coche... muy bueno,  
¡camino del camposanto!

J. MARTÍNEZ NACARINO

## El Esperanto al alcance de todos

por  
Julio Mangada Rosenörn

con  
Clave de Temas en volumen aparte  
2'50 pesetas

Pago adelantado, con un descuentito del 30 por 100 para los suscriptores y corresponsales. Los pedidos á casa del autor, San Bernardo, 96.

El esfuerzo que haga todo hombre de nuestro mundo europeo, consagrando algún tiempo al estudio del Esperanto, es tan mínimo, y tan grandes los resultados que pueden derivarse, que no es posible negarse á hacer este ensayo.—Tolstoi.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID